

La guerra subversiva

Nociones básicas



Propuestas para defender al país contra esa amenaza

Septiembre 2007

La guerra política es un componente específico y con perfiles propios de la guerra subversiva que Colombia, como otras naciones democráticas, como otras sociedades abiertas, sufre desde hace varias décadas. Sus efectos son devastadores. Sin embargo, la actualidad de esa guerra política ofensiva no es visible sino para una minoría de responsables políticos y por eso el Estado y, sobre todo, la sociedad civil colombiana, carecen de organismos aptos para contrarrestarla y parecen impotentes ante esa agresión.

La vigencia de una ideología



La guerra política es intensificada, en el caso colombiano, cuando el avance militar de las organizaciones subversivas armadas decrece o entra en crisis. Cuando éste último factor, el avance militar subversivo, toma la iniciativa, los agentes de la guerra política pierden estabilidad y corren más riesgos.

En Colombia la guerra subversiva fue siempre disfrazada por sus impulsores bajo los ropajes de una guerra "civil", de una guerra "de liberación", de una guerra legítima "de los oprimidos contra los opresores". En realidad, se trataba de una guerra subversiva, integral y total, decretada y dirigida por una potencia extranjera y con un componente armado violento visible que movilizó parcialmente las defensas del Estado. Pues el aspecto oculto, la guerra política, nunca pudo ser puesto ante el escrutinio público pues los responsables de esa guerra hicieron prevalecer su punto de vista ante la opinión pública: la lucha contra el comunismo, la "fase contigua y superior del liberalismo", según ellos, es un acto "antidemocrático", e incluso un ejemplo de reaccionarismo y de "fascismo".

Como durante décadas esa impostura ideológica no generó una respuesta coherente de parte de la democracia colombiana, la cual se ató las manos muchas veces mientras recibía duros golpes, como hicieron otras sociedades abiertas, hoy esos actores, a pesar de la implosión de la URSS y de Europa del Este, y del derrumbe del totalitarismo comunista en Asia y África, afirman que en Colombia el "conflicto armado" continúa y que éste es "legítimo" y sólo puede ser resuelto a través de una "salida política con la subversión", es decir por la rendición del "Estado burgués" ante las fuerzas del "progreso histórico". Esa rendición, pretenden, puede alcanzarse mediante la vía armada, la negociación política y la combinación de esas dos variantes.

Los escenarios de la guerra política

La guerra política es librada sobre dos planos principales: desde el interior del país y desde el extranjero.

En el plano interior, esa modalidad de guerra ocupa dos grandes ejes o áreas de trabajo, y desarrolla particularmente dos tipos de actividades distintas y con métodos diferentes: 1. una labor de infiltración de agentes controlados en las fuerzas militares y de policía, en los principales ministerios, en la Fiscalía, en la Procuraduría, así como en el medio financiero, en los sindicatos, en el sector de la educación nacional y en la Iglesia.

El objetivo de esa infiltración no es perturbar ni sabotear directamente el aparato de Estado ni las instituciones sino obtener informaciones sensibles y privilegiadas para alimentar las bases de datos de las dirigencias "revolucionarias". Es una labor silenciosa, secreta y discreta. Sus agentes tienen, o simulan tener, el mismo discurso de los organismos penetrados. Las recientes capturas de individuos que trabajaban con células orientadas por el llamado "partido comunista colombiano clandestino", o "PC3", no es más que la confirmación de maniobras de zapa que existen en Colombia, con altibajos, desde hace más de 50 años.

La otra arista de esa actividad es la acción psicológica ofensiva, y ésta tiene metas diferentes: en lugar de ser un trabajo "desde dentro" desde las instituciones, ésta realiza un trabajo desde fuera, desde la "base" y "hacia fuera": hacia los mass media y hacia las agrupaciones políticas legales y visibles, hacia organismos del Estado y hacia las Ongs establecidas. El Congreso de la República, los sindicatos, el poder judicial y la Iglesia también son blancos de esa acción.

La labor consiste en colocar agentes de influencia y suministrar informaciones falsas o informaciones amalgamadas (donde elementos de verdad se integran a elementos de desinformación difíciles de refutar) y en la fabricación y difusión de rumores injustificados pero comprometedores. Esa labor incluye, además, la producción de estudios "jurídicos" tendientes a demostrar la "ilegitimidad" y "arbitrariedad" de los gobiernos elegidos, a crear una imagen nefasta de las fuerzas militares y de los organismos de seguridad, a demoler la idea de Colombia como un Estado de derecho, a impedir el desarrollo de una

solidaridad auténtica entre la ciudadanía y los gobernantes elegidos y entre la sociedad civil y los organismos de defensa del Estado.

Desacreditar sistemáticamente la reputación y el prestigio público de personalidades políticas centrales y de grupos, organizaciones y partidos de primer plano es una de las prioridades de la guerra política. Sobre todo, antes de ambientar el lanzamiento de campañas de desestabilización con objetivos precisos a mediano y largo plazo.

Esa acción de índole centrífuga, tiende a desintegrar la unidad y la concordia nacional. Los efectos de tales ataques no pueden ser subvalorados. En el plano europeo, esas campañas han logrado que varios gobiernos europeos le cierren las puertas al Estado colombiano y a sus pedidos de ayuda en su lucha legítima contra el terrorismo. Los tropiezos del Plan Colombia ante la UE y ante el Parlamento Europeo son el resultado, en lo principal, del activismo de esos grupos. La explotación del secuestro de Ingrid Betancourt como palanca de propaganda contra el gobierno de Álvaro Uribe, es el resultado de esos actores.

Redes y coordinadoras

La guerra política que se prepara y realiza desde el exterior del país tiene precisamente dos niveles principales:

1. El primer nivel aborda el trabajo de sensibilización de los principales medios extranjeros que informan sobre Colombia, sobre todo la televisión y la prensa escrita, y de las organizaciones militantes de la izquierda europea y norteamericana, y sus asociaciones, frentes y ongs colaterales. La prioridad es, como en el espacio interno colombiano, suministrar información dirigida a los medios y a los forjadores de opinión.
2. El segundo nivel trabaja de manera mucho más orgánica: en la constitución de redes de "solidaridad" y de acción política de colombianos en el exterior. Esta actividad consiste en favorecer la creación de asociaciones, "colectivos" y "coordinadoras" de colombianos en las principales capitales de Europa y de Estados Unidos, bajo la apariencia de asociaciones amplias "de colombianos" motivados por

intereses profesionales, culturales, científicos, populares, deportivos, etc. También incluye la formación de círculos políticos minoritarios, menos explícitos y visibles, que aparecen bajo el patrocinio de formaciones políticas legales en Colombia. El Polo Democrático Alternativo (PDA) es, por ejemplo, la fuerza que admite jugar ese papel de elemento aglutinador visible, mientras que organizaciones como el Partido Comunista de Colombia, el Eln o las Farc, no son utilizadas ahora en la producción de documentación “hacia fuera”.

3. El sentido de propiciar “coordinadoras” o grupos “amplios” y “no politizados” de colombianos en el exterior es claro: utilizar esas asociaciones como reserva humana y como observatorio de las individualidades más manipulables y más “motivadas” para emprender actividades políticas ulteriores y discretas de propaganda o de acción. El pretexto para la animación de estos grupos “de vanguardia” es la realización de tareas “de resistencia del pueblo colombiano” en el exterior. Todo ello siempre en consonancia, de hecho, con las prioridades y campañas de la subversión armada en Colombia.
4. Actualmente esos agentes han logrado poner en pié un organismo de pretensiones europeas que se llama “Red Europea de Solidaridad con Colombia” (REDHER – Réseau Européen de Fraternité et de Solidarité avec la Colombie). Ese organismo aglutina grupos de Alemania, Italia, Gran Bretaña, Suiza, Bélgica, Francia, Irlanda y España. El grupo de este último país está vinculado, entre otros, a un grupo aberzale, el “Komite Internazionlistak”.
5. El PDA impulsa la creación de “coordinadoras populares” en varios países europeos. Se presenta como el representante único de la llamada “izquierda democrática colombiana”, y como el propietario de “más de un millón de votos” obtenidos en las elecciones parlamentarias de 2006. Sin embargo, la fuerza dirigente de ese PDA es el PCC (Partido Comunista Colombiano), formación política leninista que no llena los requisitos de toda izquierda democrática que se respete pues no ha renunciado jamás a la violencia como instrumento para imponer su programa y sus ideas a la población.

La respuesta del Estado

La respuesta del Estado y de la sociedad civil colombiana debe ser la movilización de recursos intelectuales y materiales estables destinados a contrarrestar la acción de esas redes. Esa movilización de recursos supone la creación de un organismo constitucional nuevo, pues los organismos oficiales colombianos existentes, como el ministerio de Relaciones Exteriores, la Fiscalía, la Procuraduría, la Defensoría del Pueblo, no bastan para llenar el vacío que existe en esa materia dentro y fuera del país, y ni siquiera tienen un cuerpo jurídico y de doctrina susceptible de orientar correctamente su actividad en esa materia.

Varias naciones democráticas europeas fueron objeto durante décadas de la guerra política. Sin embargo, Occidente no fue conciente durante años de la existencia de esa guerra subversiva. Europa y Estados Unidos, sobre todo después del fin de la segunda guerra mundial, estuvieron incluso a punto de ser sumergidos por la técnica de la "mentira total" venida del Este. La civilización occidental, sin embargo, salió adelante y el imperialismo soviético se derrumbó. Colombia debería seguir el ejemplo de esas naciones democráticas europeas las cuales lograron crear dispositivos constitucionales de lucha contra la guerra psicológica y política.

Dos ejemplos europeos

El caso más célebre es, quizás, el de la ex Alemania Federal. Este país, durante la Guerra Fría, creó el Servicio de Protección de la Constitución Alemana. Como se sabe, uno de los objetivos prioritarios de la política exterior soviética en Europa era, en esos años, influenciar el gobierno, la diplomacia y la población de la RFA. Bajo la dirección de Markus Wolf, esa actividad utilizó durante años el Servicio de la Seguridad del Estado de Alemania del Este (la tristemente célebre Stasi) para fomentar disturbios en la RFA, infiltrar la prensa, desatar escándalos políticos y suscitar sospechas contra los dirigentes del país y contra los Estados Unidos, el principal aliado de la RFA.

Lo realizado por Wolf y Mielke (ministro de la Stasi) en esos años guarda un parecido enorme y sorprendente con lo que

ocurre hoy en Colombia y ha ocurrido en Colombia en el pasado reciente. Cartas falsas o conversaciones telefónicas falsas, o falsamente "pinchadas", entre dirigentes políticos en ejercicio y dirigentes de partidos de gobierno como el CDU o el SPD, expedidas anónimamente a revistas serias pero ávidas de información sensacional, fueron generadoras de campañas de desprestigio contra los principales líderes oeste-alemanes quienes eran mostrados como gentes vigilados estrechamente por los norteamericanos. Esa técnica divisionista fue utilizada contra dirigentes centrales del país, como Helmut Kohl y Franz Josef Strauss. Un rumor fabricado por la Stasi dio incluso a entender que Strauss, el jefe conservador de Baviera, había sido un espía soviético.

Nadie ignora, por otra parte, las lecciones que los servicios de contraespionaje británicos sacaron del episodio de vasta infiltración que durante años y después de la segunda guerra mundial, y por tantos años, realizaron los llamados "cuatro de Oxford". Se trata del caso célebre de desmascaramiento ulterior de Burgess, McLean, Philby y Blunt y de los otros espías y topes que el KGB había logrado instalar en las altas esferas de los servicios secretos de su graciosa majestad. Lo sorprendente es la persistencia y coherencia de los esfuerzos británicos por proteger los secretos del Estado, impedir la subversión y el sabotaje, y descubrir esos topes, labor ésta última adelantada durante más de veinte años por el MI 5, el servicio de contra-espionaje británico. Es de recordar que el Estado británico ejerció una vigilancia constante del partido comunista británico y que éste, gracias a la perspicacia de la prensa y de los organismos oficiales, nunca pudo ser tomado en serio por las mayorías británicas ni alcanzar las proporciones que Moscú esperaba.

Los límites del activismo puntual

Por formalismo diplomático, el gobierno colombiano evitó durante años montar dispositivos de respuesta en el exterior contra las campañas de desinformación contra Colombia. Algunos diplomáticos fueron la excepción que confirma la regla y el efecto de sus cartas de protesta a los medios por informaciones tendenciosas o por campañas calumniosas o de

diabolización, siempre fue positivo. Sin embargo, se trató de una actividad puntual, *coup pour coup*, discontinua y desarticulada o desligada sobre todo de un verdadero esfuerzo central del Estado y del poder en Bogotá.

En un mundo donde el trabajo de disociación de las sociedades abiertas es intenso y bien coordinado a pesar del fin de la Guerra Fría, donde las contradicciones de las sociedades democráticas siguen siendo explotadas a fondo y sistemáticamente, adoptar una táctica defensiva, puntual, esporádica, es ceder el terreno al adversario.

La respuesta del Estado debe ser hecha integralmente, de manera sincronizada, dotándola de una infraestructura intelectual nueva y permanente y, sobre todo, con el apoyo de la sociedad civil. Hay que abrir el debate, impartir información y enseñar lo más ampliamente posible, a través de los medios, del aparato escolar-universitario y de casas de edición, acerca de los desafíos que plantea la guerra subversiva moderna y su variante la guerra política.

La recopilación de información exacta, la articulación de ésta a dispositivos de respuesta inmediata y de anulación de rumores, el trabajo de investigación de los hechos ante la emergencia de acusaciones pretendidamente sólidas pero sin fundamento, hace parte de las tareas urgentes de un organismo encargado de frenar los estragos de la guerra psicológica.

Sería un error creer que ese suministro de información y de hechos ciertos de contra-respuesta puede ser dejado a la prensa y a los medios de información habituales. Estos, es verdad, pueden jugar un papel positivo en defensa de la sociedad abierta, pero la impulsión de la verdad y de la actividad de vigilancia constante no pueden ser relegadas únicamente a los medios, a los particulares o a los bufetes de publicidad o de imagen.

Un servicio de defensa de la Constitución, habilitado jurídicamente para actuar, preparado profesionalmente para hacer frente a las campañas de desestabilización y de ruptura violenta del orden público, aparece no sólo como un complemento de los sistemas y políticas de seguridad democrática existentes sino como una nueva palanca insustituible para encarar los nuevos desafíos.

El concepto de guerra subversiva



La guerra subversiva es, pues, la utilización de una serie de instrumentos militares, terroristas y psicológicos que tienen como meta desacreditar y derrumbar un gobierno establecido, un régimen o un sistema social dado, en regiones o en países que son un blanco político y militar de otro, o de una potencia extranjera.

En la historia antigua se encuentran ejemplos de utilización de acciones de tipo subversivo como un elemento de la guerra primitiva. El episodio bíblico de Ester y el rey Azuero es un ejemplo de infiltración subversiva del poder.

Infiltración y propaganda son dos elementos claves de la subversión. En 1885, Johann Most, un terrorista alemán, habló acerca del impacto propagandístico de la acción terrorista, y equiparó claramente la acción terrorista a la propaganda. Para él, el acto terrorista es un acto de propaganda: "Hemos dicho un centenar de veces, incluso más, que cuando los revolucionarios modernos pasan a la acción, estas acciones importan tanto como el impacto que pueden tener. No predicamos sólo la acción en sí sino también la acción como un instrumento de propaganda."¹ Sin embargo, desde la consolidación del régimen soviético en Rusia, el uso tradicional de la subversión-propaganda, como complemento de la guerra, dio otro salto hacia adelante: dejó de ser un elemento más para convertirse en el arma principal de la guerra total por la dominación y la expansión.

"En lugar de desplegar tropas en la frontera de la nación que se quiere conquistar, se genera dentro de ese Estado, y por la acción de agentes subversivos entrenados, un proceso de derrumbe de la autoridad, al mismo tiempo que pequeños grupos militantes, presentados como una 'emanación del pueblo' que se han constituido 'espontáneamente'. Ellos se embarcan en un nuevo tipo de lucha local con la declarada intención de desatar una 'guerra revolucionaria de liberación'",

¹ Gérard Chaliand et Arnaud Blin, *Histoire du terrorisme*, Editions Bayard, Paris, 2006.

resumió el sociólogo Roger Mucchielli en su famoso libro intitulado *La subversion*².

Jules Monnerot utiliza el concepto de “guerra psicológica” en su obra intitulada *La Guerre en question*, un importante estudio de la guerra subversiva³. El dice: “El bolchevismo impuso este asunto que tendríamos que llamar la guerra psicológica: ésta trata de demoler la moral y la estabilidad mental del adversario. El tipo de guerra que hizo aparición en la historia moderna no aspira únicamente a destruir al adversario como fuerza organizada, sino también a suprimirle todas sus razones para vivir y esperar”. Monnerot precisa: “Desde la creación del Komintern, la guerra psicológica no cesó un momento. Los bolcheviques dirigen una acción incesante de destrucción de todos los impulsos sociales que le permiten vivir a las sociedades que escapan a su control”.

La guerra subversiva es, por lo tanto, una guerra total y no convencional, que contraría las reglas del derecho internacional y las mismas leyes de la guerra aceptadas por las naciones civilizadas. Su meta última es la conquista, la expansión territorial, así como la ocupación de países enteros y la instalación en éstos de gobiernos satélites y sometidos.

Si Clausewitz, Hitler y Stalin contribuyeron enormemente al desarrollo de la noción, y a la aplicación práctica de la guerra subversiva, el dudoso privilegio de haber perfeccionado ese instrumento, en el que la psicología de masas ocupa el primer plano, se debe a Mao Tsetung. En el esquema marxista clásico, la revolución socialista es desencadenada, más o menos, en el momento en que ciertas condiciones “objetivas”, sociales y políticas (explotación del trabajo asalariado, miseria, desempleo, injusticia social, excesiva concentración de la riqueza, privación de libertades públicas, ocupación extranjera, etc.), son reunidas. Es lo que el marxismo llama la “situación revolucionaria”. En el esquema maoísta, retomado luego por Castro y Guevara, esa fase “objetiva” no tiene ya vigencia. La revolución es el producto entonces de una voluntad aislada, independiente de las circunstancias. Los viejos factores enumerados no son ya los motores de la revolución, ni los determinantes del despliegue de la actividad subversiva. Ese papel es jugado, en cambio, por la voluntad de lucha de una minoría organizada.

² Roger Mucchielli, *La subversion* (Editions C.L.C., Paris, 1976).

³ Jules Monnerot, *La Guerre en question*, Editions Gallimard, Paris, 1951.

Saturación psicológica e indiferencia

Los instrumentos utilizados por la guerra subversiva pretenden sobre todo cambiar, o adular la opinión pública de un país o de un grupo humano. Las acciones sediciosas (los golpes de Estado, los ataques terroristas, los atentados urbanos, los secuestros, los “tribunales populares”, las huelgas ilegales, los paros cívicos, las marchas campesinas, etc) no son sino los instrumentos iniciales y aparentes de la acción subversiva general y de la guerra política, los cuales deben encontrar, y eso es lo fundamental, un apoyo importante, lo más vasto posible, en los medios de comunicación masiva.

Sin embargo, los ataques armados subversivos, en sus diferentes variantes, logran muy difícilmente destruir las fuerzas militares de los Estados democráticos. El derrumbe de un gobierno democrático ocurre más fácilmente cuando la masa de la población alcanza un cierto estado de saturación psicológica: de indiferencia ante la campaña subversiva, de hostilidad respecto de las fuerzas de defensa del país, o de temor general ante el actor subversivo y su violencia. Las guerras civiles por eso son cada vez menos auténticas guerras civiles.

El objetivo de la guerra subversiva es llegar, pues, a fabricar, gradualmente o por saltos bruscos, una “mayoría silenciosa” que adoptará unas conductas y actitudes precisas, buscadas: mostrarse apática, morosa, indiferente u hostil ante ciertos fenómenos sociales y, sobre todo, ante la acción del Estado y de las autoridades legítimas. Tales conductas pueden ser agravadas aún más hasta obtener actitudes y sentimientos de pánico, de frustración y de impotencia social, lo que hará que la población así modificada (así violada, decía Tchakhotine, un teórico de la guerra subversiva⁴), asistan como testigos inermes al derrumbe del sistema, sin reaccionar, y en total pasividad.

Un ejemplo de lo que puede alcanzar un plan bien ejecutado a largo plazo de propaganda y guerra psicológica lo encontramos en el Viejo Continente. Entre 1932 y 1938, los dirigentes políticos y los pueblos europeos fueron literalmente hipnotizados y paralizados por la propaganda “de paz” de Hitler y de Stalin⁵. Y el precio pagado por esa desmovilización de los espíritus fué enorme: el desastre de la segunda guerra mundial. Esas dos dictaduras peroraban a diario en favor de “la paz”,

⁴ Tchakhotine, *Le Viol des foules par la propagande politique*, Editions Gallimard, Paris, 1952.

⁵ Ver *Hiéroglyphes*, de A Koestler, (Editions Calmann-Lévy, Paris, 1955).

montaban congresos “por la paz” y lanzaban “llamados por la paz”, mientras ellas se rearmaban, se ayudaban mutuamente y gesticulaban contra “la belicosidad de Wall Street”.

Hitler, tras cada acto de agresión (antes de invadir a Polonia, el se retirará de la Sociedad de Naciones, repudiará el tratado de Versalles, atacará la Sarre, entrará en Renania y ocupará Austria, mientras que Mussolini conquistará la Abisinia y los japoneses ocuparán la Manchuria) hacía enseguida un gesto de apaciguamiento el cual era tomado como algo sumamente positivo por los gobiernos timoratos, sobre todo los de Londres y París. El líder laborista británico, Clement Attlee, creía, en efecto, que Hitler podía ser apaciguado mediante diálogos y concesiones. En un discurso pronunciado en la Cámara de los Comunes, el 11 de marzo de 1935, Attlee protestó contra la idea del gobierno de obtener un modesto aumento del presupuesto militar y propuso la “disolución de los ejércitos nacionales” para salvar la paz en Europa. Ese mismo año, un plebiscito por la paz, basado en el principio angelista de que el desarme debía comenzar en casa, recogió once millones de firmas en Inglaterra, es decir la mitad del número de electores. El plan de Attlee fué rechazado, pero Hitler y Stalin terminarán por firmar el pacto secreto de 1939 que le permitió a Hitler desencadenar la segunda guerra mundial.

Arthur Koestler, quien narra esa anécdota, resume así la actitud de los partidos europeos durante esos siete años de ceguera: “La actitud de las fuerzas conservadoras iba de una incomprensión estúpida sobre la naturaleza del régimen de Hitler hasta la simpatía pasiva y la complicidad activa. Los diversos partidos socialistas y laboristas denunciaban en sus discursos el peligro fascista, y hacían todo lo que estaba a su alcance para impedir que sus países se armaran contra él. Los comunistas explotaban el movimiento antifascista en su beneficio, y lo traicionaban de manera criminal. Se hubiera dicho que todos ellos estaban asociados en un pacto de suicidio europeo”.⁶

En efecto, la propaganda masiva de la época había hecho creer a los pacifistas y a los “progresistas” del momento que el verdadero peligro para la paz venía no de Hitler sino del “militarismo” francés. Testigo de esos hechos, Koestler agrega que Francia era el chivo expiatorio en esos años y que el presidente del Consejo francés cuando fué a Londres para discutir con su colega británico acerca

⁶ Arthur Koestler, Ob. cit; página 224.

de la situación creada por la ocupación de la Renania por Hitler, fué recibido glacialmente, como serían recibidos los militares norteamericanos años más tarde, durante la guerra de Corea.

La importancia de los Medios Masivos

Todo déficit de explicación del sistema democrático será explotado por la subversión. En las democracias occidentales el factor "explicación" (de los incidentes de la vida cotidiana, de las crisis internacionales, de las dificultades económicas generales, de las medidas de gobierno y de la empresa privada para superarlas, etc.) suele dejarse en manos de los medios masivos. Pero éstos, a veces, son incompetentes o están controlados o sufren la influencia de la subversión, y así los déficit de explicación se acumulan. Un activista motivado y hábil, incrustado en el comité de redacción de un diario, de una radio, o de un popular noticiero de televisión, puede hacer estragos en un contexto semejante.

El desvío de la verdad, la orientación del pensamiento, la anulación de una información pertinente y útil socialmente, pueden ser hechas con un titular tendencioso, con una frase dentro del cuerpo de la noticia, con una insinuación furtiva, con el olvido de un hecho, con un signo de interrogación, con unos puntos suspensivos, etc. Tal actividad, reanudada cada día, durante meses y años, puede crear grietas en la conciencia pública. Por eso, un gobierno democrático debe velar por la existencia de escuelas de periodismo de alta calidad, que transmitan no sólo los rudimentos de la profesión a los futuros periodistas y jefes de redacción, sino que hagan valer ante éstos las mejores tradiciones éticas y la deontología de la profesión de periodista, para que las manipulaciones e interferencias de la subversión no encuentren el camino despejado.

El objetivo supremo de los artífices de la guerra política contra el Estado, o de la guerra subversiva (que es lo mismo), es que el Estado, el sistema, el régimen o el gobierno atacado caigan "como un fruto maduro".

Que caiga de esa forma extraordinaria y espectacular pues sus partidos políticos, su ejército, sus fuerzas de policía y de seguridad, entregarán las armas sin combatir al enemigo, ya que esas entidades han sido previamente seducidas,

perturbadas o aplastadas desde el punto de vista psicológico por las campañas sucesivas de propaganda que han mostrado al actor subversivo como una fuerza legítima e inofensiva, y a las instituciones y organismos del Estado como anomalías, como monstruos y como estorbos para la libertad, el progreso y la justicia social de todos.

Pero no hay que creer que la guerra subversiva actúa exclusivamente contra los Estados, y contra las sociedades. Ella también ataca a los individuos. "El espíritu comunista perfeccionó las técnicas del engaño de sí mismo así como las técnicas de la propaganda masiva. El 'censor interior', en el pensamiento del verdadero creyente, culmina el trabajo del censor público; su autodisciplina es tan tiránica como la obediencia impuesta por el régimen; el aterroriza su propia conciencia y la somete", explica Arthur Koestler, un ex agente del Komintern, que rompió con el comunismo en 1938.

Por desgracia, ante las ofensivas de la guerra subversiva general son pocos los recursos que un régimen democrático garantista, o una sociedad abierta, como diría Karl Popper, puede desplegar eficazmente, pues pocos son los partidos y los grupos humanos, y los órganos del poder, conscientes de la existencia de esa guerra subversiva, tan particular y subterránea, y de los medios que existen para hacerle frente.

Colombia es, desde hace más de cinco décadas, el teatro de una guerra subversiva (y no sólo de una guerra de "guerrillas campesinas", como lo pretenden algunos sociólogos, historiadores, politólogos, políticos, periodistas y "violentólogos"). La mayoría de los gobiernos de Colombia desde los años 1930 abordaron el problema de la violencia, del llamado "conflicto guerrillero", como si éste fuera una continuación de las violencias y guerras civiles del siglo XIX colombiano. Esa visión simplista de las guerrillas marxistas, como la continuación en el tiempo y en el espacio de la "tradicional violencia colombiana", es un grave error de ciencia política que contribuyó a la consolidación de la acción de los actores subversivos.

La dimensión moderna y compleja de la guerra subversiva comunista nunca fué explícita para esos gobiernos. A fuerza de recibir el discurso "antifascista" clásico, manipulador, que pretende que todo aquel que denuncia el carácter antisocial y criminal del comunismo es un "fascista", el pensamiento político colombiano

fue enajenado. En consecuencia, la acción de cada uno de esos gobiernos, respecto de la subversión marxista, incluso de los más lúcidos y democráticos, fue sobre todo militar. En el campo político, las únicas arma esgrimidas contra ese desafío fueron la amnistía y/o el indulto y, más tarde, la llamada “negociación política” o el llamado “diálogo de paz”. Ese enfoque errado contribuyó a la enorme expansión del proyecto subversivo en Colombia.

Es indispensable y urgente iniciar una clarificación acerca de la naturaleza de la guerra subversiva, de su actualidad y de su historia y, sobre todo, acerca de sus manifestaciones exteriores concretas, de sus características, métodos y objetivos actuales, y acerca de los medios que un Estado democrático debe erigir y movilizar en su defensa contra ese tipo de agresión sin acudir al golpe de Estado, sin violar sus propias reglas, su Constitución y los principios y tradiciones de la legalidad republicana.

Uno de los elementos a clarificar más urgentes es el del papel que pueden jugar en la lucha contra la guerra política los individuos, los grupos, las asociaciones y los partidos políticos auténticamente democráticos, y el papel nefasto que juegan objetivamente, aún sin saberlo conscientemente ellos mismos, en la telaraña de la empresa subversiva, los individuos y los partidos que se dicen defensores del orden y del establecimiento pero que se sienten compelidos a mostrarse como “progresistas” por una cuestión de falsa elegancia intelectual.

Hay también que hacer claridad, claro está, y trazar una línea divisoria y un arco sanitario, en torno de los movimientos, partidos, facciones y sectas que trabajan, de manera encubierta o no, por la destrucción del sistema político vigente. Al mismo tiempo hay que saber distinguir bien las cosas. Un grave error sería tomar una simple manifestación de protesta o de rebeldía juvenil, o los incidentes obvios y legítimos que resultan de los desajustes socio-económicos de la sociedad democrática, como un acto subversivo.

Hay que decirlo varias veces, el papel que pueden jugar los individuos, los partidos, los medios y los grupos auténticamente democráticos es decisivo. Gracias al contacto real de todos ellos con la población, con las fuerzas vivas de la nación, de ellos depende en buena parte la movilización exitosa de las fuerzas de seguridad y de otros grupos humanos en la defensa de las instituciones democráticas.

Medios de lucha contra la guerra subversiva



Sólo una acción de conjunto y sincronizada puede desordenar la guerra subversiva y disipar el riesgo de una victoria del partido que la impulsa.

Pero la lucha contra la guerra subversiva no puede hacerse sin una conciencia aguda del problema, es decir de la fuerza destructiva que pueden desatar las técnicas empleadas por los actores subversivos. No puede hacerse sin disponer de gran certeza sobre la existencia misma de los esfuerzos subversivos, y sobre la gran vulnerabilidad en que pueden encontrarse o ser puestos, en un momento dado, el gobernante elegido, los dirigentes democráticos del país y sus aliados, así como los cuadros y jefes jerárquicos de las fuerzas militares y de policía, a causa de una eventual campaña seria de guerra política.

Esto último debe ser recalcado una y otra vez pues ahí radica una dificultad mayor: no es muy frecuente que las élites de gobierno, los líderes políticos más honrados, los partidos democráticos auténticos, la jerarquía militar, las autoridades académicas, los jefes de los medios de información y los profesionales del periodismo, sean especialmente concientes del problema.

Tal ceguera no es espontánea. La razón de ésta es que la acción subversiva moderna hace todo lo posible para desdibujar, hacer invisible, indolora, su propia actividad. La ceguera de las élites es el resultado de un trabajo.

El actor subversivo impone, sobre todo en las élites políticas y morales, en los medios académicos y en los medios de información de masas, la idea de que el país, a pesar de los brotes o los estallidos de violencia "esporádicos" y localizados "en remotas regiones", "está en paz". Por todas partes, comenzando, sobre todo, por el medio escolar y universitario, el cual juega un papel de excelente caja de resonancia de

tales subterfugios, se difunde la idea de que él o los actores subversivos no tienen la capacidad ni la ambición necesaria para conquistar el poder, y que toda alerta en el sentido de que existe una guerra subversiva contra el país, en unos casos, o contra el jefe del ejecutivo en particular, en otros, proviene de gentes que quieren “abrir la caja de Pandora”, “aguar la fiesta”, “despilfarrar el presupuesto”, hacer “tremendismo”, “exagerar”, “fomentar el militarismo”, precipitar al país “en manos del fascismo”, etc.

Los actores subversivos reaccionan ridiculizando la alerta y los portadores de la alerta.

Al mismo tiempo, la acción subversiva, cuando decide diabolizar a un jefe de Estado, o a un dirigente político central, o a un alto mando militar, exagera sus poderes, su fuerza institucional, su estabilidad, y lo despoja de legitimidad, utilizando la insinuación, cuando no la calumnia y la mentira sorprendentes y las acusaciones recurrentes, para transformarlo en un objetivo a destruir, por todos los medios posibles. Tras el fracaso de la acción directa terrorista, del atentado individual, ellos recurren a la guerra difamatoria.

Los desórdenes y las violencias son banalizados por tales actores, mostrándolos como resultados inevitables de la pobreza, de las desigualdades sociales. La sincronización de los desórdenes y de las acciones violentas es mostrada como una simple coincidencia. La emergencia de acusaciones falsas y calumniosas contra la élite gubernamental, contra altos mandos de la fuerza pública, y de los jefes religiosos, es mostrado como un ejercicio normal de la libertad de prensa y de la lucha “contra la corrupción”. El objetivo de esas falsas explicaciones es destruir la noción de prueba judicial y la presunción de inocencia en la imaginación popular y la formación de ciudadanos incrédulos y conformistas, la forja, en fin, de una vasta mentalidad confusa, irresponsable y capituladora.

Una regla de oro que Roger Mucchielli destaca es que sin el apoyo directo o la explotación subterránea e indirecta de los medios masivos, la subversión es imposible. Pues los medios masivos son los únicos vectores capaces de fabricar o pervertir una opinión pública y hasta llegar a crear fenómenos de psicosis colectiva, sin que la masa tenga que ser concentrada, adoctrinada o aterrorizada en un sólo lugar. Los medios entran al hogar de

cada ciudadano, tocan el espíritu de cada individuo, interpelan su conciencia, introducen ideas y, sobre todo, desatan en él fuertes emociones. Ello les permite crear reacciones colectivas.

Pues los sentimientos son un vector poderoso de manipulación. El sentimiento más utilizado en la guerra psicológica es el resentimiento. El otro vector es la ignorancia. Un hombre o una mujer ignorante (o una sociedad ignorante) pueden ser transformados en seres dogmáticos primarios o en una sociedad obtusa, si el sentimiento de resentimiento es exacerbado en ellos por ideas recurrentes. Ese individuo (o esa sociedad) terminarán por no poder distinguir la verdad de la mentira; el bien del mal.

En una sociedad "normal" la verdad prevalece en última instancia sobre la mentira; pues las ideas circulan, compiten y se cuestionan mutuamente. La situación cambia cuando la batalla no es entre ideas y otras ideas, sino entre ideas e ideas-fuerza. Una idea verdadera, la idea "clara y distinta" de Descartes, es decir una representación exacta de la realidad, nutre mal la afectividad, y puede ser tomada como acertada o errónea gracias a la realización de una operación de lógica, mediante un trabajo intelectual, o un test crucial, gracias al espíritu crítico. Una idea-fuerza es otra cosa: ésta es tenaz e inverificable, no "testable", refractaria a la lógica, y moviliza la afectividad. Es, por lo tanto, "rentable"; muy dinámica y motriz.

Las ideas "claras y distintas" interesan a un público relativamente restringido de personas, mientras que, por el contrario, las ideas erróneas, simples pero "dinámicas", las ideas-fuerza, las revelaciones "espectaculares", las acusaciones asombrosas, alcanzan a todos aquellos que se nutren, más o menos, de sentimientos. "Las masas, en tanto que tales, no tienen memoria, ni un gran espíritu crítico. Su comportamiento es de tipo pasional", resumía en 1951 Jules Monnerot; antes de concluir: "En la fase actual de la historia del mundo en que nos encontramos, la supervivencia de las ideas más aptas no significa la supervivencia de las ideas más verdaderas, sino la supervivencia de las ideas más eficaces". La forma como amplios sectores de las sociedades venezolana, boliviana y ecuatoriana son movilizados hoy por el discurso chavista, tan salpicado éste de irracionalismos y de autoritarismo, es un ejemplo clásico de la difícil lucha entre las ideas y las ideas-fuerza.

Jules Monnerot también escribió esto: “La conexión entre la suma de resentimientos acumulados contra una sociedad por su proletariado interno y su proletariado externo [los desheredados del exterior], y la acción de un imperio conquistador [la URSS] que no tiene la misma edad histórica que la sociedad atacada, es un hecho histórico y sólo eso. Para los militantes estalinistas, en cambio, eso es la *señal* de que los tiempos están próximos y que la ‘realización de la Historia’ está en marcha, a través de las ‘astucias’ de la ‘Razón’ transhumana, objetiva e inmanente. Para nosotros, esa conexión no es más que un *dispositivo* susceptible de ser desbaratado, una constelación *humana* sobre cuyos elementos podemos obrar, y que podemos reemplazar por otra constelación, cambiando las posiciones respectivas de las unidades que la componen. La extensión geográfica y la intensidad psicológica del sistema estalinista no significa que ‘los comunistas tienen la razón’. En esas materias, la ‘cantidad’ no se transforma jamás en ‘calidad’”.

¿Cómo encarar la guerra subversiva?

La subversión sistemática no puede ser derrotada si no hay un diagnóstico exacto del problema y de los medios de defensa a utilizar y, sobre todo, si no hay una sincronización de la acción de las fuerzas antsubversivas. En la lucha contra la subversión totalitaria, las sociedades democráticas están en desventaja. Pues el agresor es quien elige el momento, el terreno y el punto de ataque, es decir, el punto más débil del sistema. El atacado es tomado por sorpresa y debe improvisar su respuesta. Esa improvisación conlleva peligros. Monnerot explica esto así: “Las democracias atacadas desde dentro por un partido totalitario, los Estados pacíficos atacados por Estados belicosos, no son quienes eligen sus armas. Esa es la tragedia por excelencia de la democracia y del liberalismo. Tales agresiones los ponen ante este dilema: desaparecer o transformarse en otra cosa distinta al liberalismo y a la democracia, para subsistir. Cuando ser enérgico o no serlo equivale a vivir o a perecer, hay que escoger, sin duda, la manera más sensata de ser enérgico”.

Pero cuando una sociedad democrática es consciente de que existe un trabajo de zapa contra ella, la réplica puede ser oportuna y contundente. La sociedad abierta debe evitar

entonces que el agresor preserve la ventaja de la iniciativa. Ella debe impedir que el combate se dé exclusivamente en el terreno escogido por el agresor. Aunque puesta a la defensiva, la sociedad abierta puede tomar iniciativas, anticipar incluso ciertos golpes, pues el adversario emplea métodos reconocibles, es rutinario e improvisa poco. La sociedad o el Estado atacado puede dotarse también, como el agresor, de un comando central y de un sistema de coordinación y de solidaridad eficaz que le permitirá sincronizar la acción antisubversiva y pasar de una situación defensiva a una de ofensiva.

Para encarar, en un plano más operativo, la guerra subversiva, el Estado y la sociedad liberal deben :

1. Dotarse de una legislación antiterrorista democrática, coherente y consecuente, sin la cual las fuerzas de defensa y de seguridad sólo pueden actuar con dificultad o son propensos a cometer errores. Esa legislación debe ser redactada sin angelismos pero sin exageraciones. Dotarse, quiere decir también hacer aprobar esas leyes por el Congreso de la República y redactar los decretos reglamentarios necesarios para su aplicación y, sobre todo, saber defender, a través de los ministros del gobierno y de los líderes de opinión, esas leyes y esos decretos en la plaza pública, en los media y, sobre todo, en los organismos llamados de "control constitucional" los cuales son el teatro esencial de la batalla definitiva a la hora de la destrucción o de la peremnitzación de esa legislación. Y saberlos defender ante los ataques, aún más sofisticados, que vendrán del extranjero bajo la forma de críticas "indignadas" de "juristas" y de "defensores de los derechos humanos", cuando no de gobiernos extranjeros y de Ongs acreditadas ante el sistema onusiano, etc. Esa labor de defensa intelectual de la ley no puede hacerse espontáneamente, es decir, sin el trabajo diario de centros de estudios especializados productores de contenido, de grupos de observación, seguimiento y reflexión, es decir, de lo que se conoce hoy en el mundo anglosajón y francés, como los think tanks, o sea centros privados de análisis al servicio del país y de los valores democráticos.
2. Evitar la constitución o reconstitución de grupos paramilitares ilegales, o de autodefensa de extrema derecha, pues esas

estructuras, al calcar los métodos de las organizaciones terroristas que combaten, se convierten en comandos ofensivos, caen rápidamente en la delincuencia común y en las conductas arbitrarias, ciegas y bárbaras de sus enemigos, y facilitan la labor de los propagandistas de la subversión.

3. Al mismo tiempo, hay que guardar el equilibrio más perfecto ante la globalidad del fenómeno paramilitar. Es decir, impedir igualmente, por todos los medios, la emergencia de empresas o facciones subversivas de extrema izquierda vinculadas o dependientes de los grupos armados. Es decir recurrir a la disolución legal de toda formación política ligada directa o indirectamente a una organización armada. Debe haber prohibición, por lo tanto, de toda propaganda originada por el grupo en esas circunstancias, incautación de sus bienes muebles e inmuebles, propiedades, locales, depósitos, vehículos, etc.; y disolución de las filiales y asociaciones dependientes de ese grupo. De lo que se trata es de llevar a los integrantes de esas formaciones a aceptar un nivel de legalidad normal, es decir de aceptar las reglas de juego que aceptan los demás partidos políticos en una democracia. Es indispensable poner fin a la práctica absurda de tolerar la existencia de facciones políticas dotadas de brazos armados, o que se benefician del accionar de bandas terroristas. El mensaje es: ese partido o esa facción podrán disfrutar de las ventajas del sistema democrático cuando se conformen realmente a los usos y costumbres de la democracia. En otras palabras: tolerancia cero para quienes predicán y creen poder combinar impunemente todas las formas de lucha.
4. No es ilegítima, ni descartable, la formación de un organismo especializado institucional de defensa de la Constitución, políticamente formado e integrado por funcionarios del Estado, encargado de hacer un seguimiento de la actividad subversiva, como ocurre en los países europeos. Para dar otro ejemplo más, semejante a los evocados arriba, está el de la Direction centrale des Renseignements généraux (DCRG), de Francia, creado en 1911. Una de las cuatro funciones de este organismo, que cuenta con 3 800 funcionarios, es la

⁷ Los Renseignements généraux, más conocidos como los RG, serán fundidos en un sólo organismo, con la DST, la Direction de la surveillance du territoire (el contraespionaje francés) en los próximos meses, por decisión del presidente Nicolas Sarkozy y de su ministra del Interior, Michèle Alliot-Marie. El nuevo organismo se llamará la Direction du renseignement intérieur (DRI), que la prensa describe como "un FBI a la francesa". Su objetivo: luchar contra el espionaje y el terrorismo y hacer inteligencia económica.

⁸ Según el periodista Pascal Junghans, en su libro *Les services de renseignements français*, Editions Edmond Dantès, Boulogne, 2006.

⁹ Los dos organismos mencionados no son los únicos. Los otros, más conocidos son la DGSE (Direction générale de la sécurité extérieure), el principal servicio de inteligencia de Francia; la DRM (Direction du renseignement militaire); la DPSD (Direction de la protection et la sécurité de la défense).

búsqueda y centralización de la información necesaria para la prevención y a la lucha contra el terrorismo, y para la vigilancia de los partidos y grupos extremistas, de derecha y de izquierda, las mafias, sectas y Ong manipuladas que actúan en el territorio francés. Agentes de este organismo fueron los que capturaron a todos los miembros de la banda terrorista Action Directe, autores del asesinato, en noviembre de 1986, del presidente-director general de la Renault, George Besse.

Ese organismo funciona como una estructura de autodefensa institucional que actúa en el medio nacional y local, gracias a sus ramificaciones. Nada tiene que ver con el paramilitarismo, ni con autodefensas ilegales. Es un organismo civil, de Estado, con reglamentos estrictos, con funcionarios de los dos sexos y de todas las edades⁷.

La DST (Direction de la surveillance du territoire), otro organismo de defensa de la institucionalidad, fue creada en 1944 y su primer director, el legendario Roger Wybot, gran admirador de J. Edgar Hoover, el célebre director del FBI, la dirigió hasta 1959. Integrada exclusivamente por funcionarios de la policía judicial, la DST está encargada de proteger el país del espionaje extranjero, del terrorismo, y tiene también por tarea la protección de las empresas "sensibles". La cultura de esa entidad es el secreto más absoluto. La DST parece ser uno de los pocos servicios occidentales que no fueron penetrados jamás por los rusos⁸.

Esos organismos disponen de medios para defenderse en el plano táctico y para responder y prestar ayuda a los demás en caso de ataque o de agresión de parte de las organizaciones subversivas y de los terroristas. Disponen de medios de comunicación y transmisión para alertar a las otras autoridades y agencias del Estado, concentrarse y desplegarse a nivel táctico.

Lo más importante: son organismos legítimos, respaldados por la ley (su actuación no puede ir más allá de lo permitido por ésta y por la Constitución), formados políticamente. Sus miembros conocen realmente sus objetivos políticos, los valores que defienden, y conocen las técnicas, las tácticas, las costumbres y reflejos de la subversión⁹.

"Con un buen servicio local de la DCRG bien implantado en el tejido social, decía Raymond Cham, un ex director de ese

organismo, se le podría economizar a la República compañías enteras de CRS (policías). Se podrían evitar conflictos sociales duros al informar a la autoridad política sobre un problema ocultado quizás por las redes complejas de comunicación de nuestra sociedad”.

Para sentar las bases de una cultura democrática de la contra-información y de la lucha antisubversiva se requiere: 1. técnicos en subversión y contra-subversión; 2. centralización de las informaciones en un solo soporte informático sobre los actores terroristas, las actividades subversivas, el accionar de los comandos terroristas, y las decisiones judiciales; 3. poder hacer una utilización metódica de los medios masivos (prensa, radio, cine, televisión, internet, sms, podcasts, etc) para difundir la verdad y la contra-información; 4. disponer de medios y de medidas de protección eficaces del o de los organismos de lucha anti-subversiva, de los observatorios y de los analistas, desde el punto de vista físico y político, pues esos actores se convierten rápidamente en blanco de los ataques y de las operaciones de intimidación o de destrucción de los grupos subversivos.

Elementos adicionales de acción

La lucha contra-subversiva dispone de otros elementos adicionales de acción.

1. Las operaciones “verdad”
2. La ridiculización del enemigo
3. La contra-desinformación
4. La movilización popular
5. La acción de los observatorios de los medios
6. Los think tanks y los brain trusts
7. El papel de las fundaciones filantrópicas

Las **operaciones “Verdad”** son esfuerzos coherentes y explícitos para desbaratar las operaciones de desinformación y de descrédito de la subversión. Algunos llaman a estas operaciones “campañas de explicación”. El objetivo es tocar a la opinión pública, ayudarla a salir de la confusión creada por

las falsas noticias o por los actos difamatorios difundidos por los agentes subversivos.

Esas operaciones requieren la utilización sobre todo de los medios audiovisuales (televisión, radio, foto, video, cine, etc.) pero no son desdeñables los otros medios: libros, revistas, internet, sms, diaporamas, podcasts, folletos, documentos escritos, artículos de prensa, testimonios, memorias, etc.

La **ironía y el ridículo como armas**. No se trata de un artificio secundario. Hay que recordar el impacto notable que tuvo el manejo del ridículo y de la ironía en los preparativos de la revolución francesa, por parte de los enciclopedistas y de los grandes agitadores intelectuales como Voltaire y Diderot. Y cómo esas mismas armas fueron utilizadas, con menos éxito, contra los revolucionarios por los defensores del **ancien régime**. En Francia, la ridiculización de los impostores no está muy desarrollada pero hay excepciones. El Club de l'Horloge, un conocido think tank liberal-conservador, inventó en 1990 el Premio Lyssenko. Es un premio negativo entregado cada año "a un autor o a una personalidad que por sus escritos o por sus actos aportó una contribución ejemplar a la desinformación en materia científica o histórica", con métodos no científicos sino exclusivamente ideológicos. Entre los premiados de esa manera figuran Albert Jacquard (1990), Robert Badinter (1992), John K. Galbraith (1994), Pierre Bourdieu (1998) y Daniel Cohn-Bendit (2002).

La **contra-información** es una técnica que consiste en utilizar información verídica e incuestionable para anular el influjo de las campañas del agit-prop de la subversión marxista.

No se trata de responder puntualmente, cada vez que el adversario lanza una afirmación aberrante. Pues éste maneja bien, en general, el arte de la disputa oral y callejera. Sobre todo si la réplica defensiva depende de los parámetros (hechos, detalles, fechas, etc.) puestos por el agresor. No olvidar que el actor subversivo, ante una réplica mal preparada, trata de crear un clima irracional de "tribunal popular", para sofocar la verdad. Ciertos medios, y hasta internet, son utilizados como "tribunales populares" para lanzar cortinas de humo y hacer diversionismo.

Se trata de buscar, más bien, un momento preciso para poner bajo los proyectores de la acusación a uno o varios actores

subversivos o a uno o varios elementos de la propaganda o de las falsas noticias de la subversión, utilizando una información completa e irrefutable y un análisis sólido sobre un problema particular candente. Se trata de denunciar lo más ampliamente posible las intenciones del adversario y el uso técnico que éste hace de la mentira o de la disimulación.

La **mobilización popular**, y los **llamados al pueblo**. Esta consiste en convocar a la población local para que contemple los efectos de un acto violento particular de la subversión, para que constate personalmente y juzgue moralmente las destrucciones o las pérdidas en vidas humanas de un acto terrorista, o las consecuencias de una provocación. Los medios deben ser invitados, para que recojan las reacciones in situ de la gente para que la indignación legítima del pueblo sea amplificada y conocida a escala nacional e internacional. El presidente Leopoldo Senghor, del Senegal, utilizó con éxito ese recurso, tras una incursión violenta de un grupo revolucionario que destruyó una ala de la universidad de la capital en febrero de 1971.

La movilización popular es también la estructuración de manifestaciones masivas de repudio a los actos criminales y terroristas de las organizaciones subversivas. El mejor prototipo de esta acción son las manifestaciones masivas en España contra el terrorismo separatista vasco cada vez que éste comete un atentado.

Los **observatorios de los medios**, velan y tienen un poder de sanción moral gracias a la difusión de sus ideas, análisis y conclusiones en la opinión pública. Su objetivo es analizar la producción de los medios, criticar con argumentos y pruebas sus deficiencias desde el punto de vista informativo, sus errores y hasta denunciar las operaciones de falsificación y de intoxicación cuando éstas se hacen evidentes.

Los **think tanks** y los **brain trusts**. En los años 1920 en Estados Unidos, el concepto clave de uno de los primeros think tanks surgidos en esa época, el National Bureau of Economic Research, fue "la democracia inteligente". Ese mismo espíritu fue el de otro célebre think tank de derecha conservadora y anticomunista que vio la luz en esos años, la Hoover Institution on War, Revolution and Peace, alojado en el campus de la ultraizquierdista Universidad de Stanford. Es verdad que los

think tanks norteamericanas aparecieron también como una respuesta contra el keynesianismo triunfante y sus clases sociales subsidiadas, pero también lo fué contra lo que algunos vieron, sobre todo en los años 1950 y 1960, como una "guerra cultural" propiciada por la URSS contra los valores norteamericanos. Varios think tanks norteamericanos organizaron bibliotecas y centros de documentación de alta calidad. La idea que ellos defienden es que los archivos son armas de combate contra la ignorancia o contra la desinformación y la amnesia. Los think tanks norteamericanas más conocidos, sobre todo después del 11 de septiembre de 2001, son más y más activos en sus investigaciones sobre la resurrección del terrorismo mundial.

El papel de **las fundaciones filantrópicas**. Estas se dedican a utilizar sus fondos —que vienen en general de importantes grupos industriales o financieros—, en el financiamiento de los institutos de investigación social, o de algunos think tanks, donde investigadores salidos de universidades pueden adelantar investigaciones en los dominios más variados (economía, ciencia, tecnología, historia, sociología, filosofía, etc;) en total libertad intelectual. El trabajo de nuevos investigadores en materia de historia colombiana es particularmente urgente, a causa de la postración en que esa ciencia se encuentra hoy en Colombia por la actividad durante años de propagandistas en el medio universitario e intelectual.

Las técnicas básicas de la confusión



Ladislav Bittman, fue en una época de su vida un profesional de la subversión ideológica totalitaria. De 1954 a 1968 él trabajó con los servicios de inteligencia checoslovacos, antes de pasar a Occidente, a raíz de la “primavera de Praga”. Bittman contó sus aventuras en un libro importante: *The Deception Game*.¹⁰

Él explica que para cada operación especial de desinformación se requieren los medios siguientes:

1. Agentes de los servicios de inteligencia (ciudadanos de países extranjeros que operan en el exterior o que ocupan puestos útiles para ese tipo de trabajo, como diplomáticos, parlamentarios, periodistas, etc.).
2. Agentes extranjeros que trabajan en llave con los servicios de espionaje o de contraespionaje comunista;
3. Un aparato de Estado: servicios diplomáticos, medios de información de los países comunistas, redes de colaboradores en los países no comunistas, miembros o no del partido comunista.
4. Interferencias telefónicas o escuchas clandestinas.
5. El material de desinformación en sí, o sea la información falsa difundida de manera anónima por diferentes canales.

Según Bittman, los tres ejes principales de la subversión ideológica contra los países no comunistas son: la propaganda, la desinformación y la influencia. Él explica que para la subversión ideológica fueron creados los Departamentos D, que tenían por misión, sobre todo a partir de comienzos de los años 1960, desarrollar operaciones especiales de subversión en Occidente, como la propaganda negra, las operaciones de intimidación, la desinformación científica, los juegos secretos, las intrigas entre naciones, etc.

¹⁰ Ladislav Bittman, *The Deception Game*, Ediciones de la Universidad de Syracuse, 1972.

Vladimir Volkoff, otro de los mejores conocedores de la desinformación en todas sus formas, explica que según la doctrina soviética sobre la guerra subversiva, hay cinco procedimientos o técnicas básicas para llevar al “adversario” a actuar como el actor subversivo lo desea. Estos son:

1. La propaganda blanca
2. La propaganda negra
3. La intoxicación
4. La desinformación
5. La influencia

La **propaganda blanca** consiste simplemente en repetir “yo soy mejor que usted”, millones de veces, o su equivalente. Esa propaganda decía, sobre todo en los años 1960 y 1970, que el sistema económico soviético era mejor que el sistema capitalista, que la URSS “muy pronto” superará a los Estados Unidos en todos los terrenos. Todo eso basado en toneladas de estadísticas dudosas o imposibles de verificar.

La propaganda blanca corresponde, en particular, a lo que los especialistas llaman “el culto de la palabra impresa”: artículos en diarios y revistas variados, con informaciones “de choque”, con acusaciones falsas e invectivas escogidas. Reposa también sobre informaciones fragmentarias, deducciones, suposiciones y bluff. El método más socorrido es hacer llegar hasta los periodistas sedientos de noticias exclusivas, “chivas” y otras primicias, informaciones y documentos aparentemente precisos (muchas veces falsos, fabricados expresamente para intoxicar). La idea es que tales “informaciones” o “detalles” sean insinuados dentro del cuerpo del artículo que el periodista prepara. Ese método, que incluye a veces el soborno del periodista, también incluye el suministro de interpretaciones políticas del hecho falso o desinformador, teniendo en cuenta la orientación política del diario o de la revista. La redacción de folletos y de “libros blancos” sobre temas candentes hace parte de la panoplia del propagandista.

El suizo Willy Muenzenberg, el jefe de la propaganda del Komintern en Occidente, y su principal colaborador, el checoslovaco Otto Katz, alias André Simon, fueron quienes desarrollaron esos métodos con éxito espectacular desde 1927,

utilizando la prensa, pero también el teatro y el cine. Cuando Hitler se toma el poder, ese duo jugará un papel central en la batalla de propaganda entre Moscú y Berlín. Al brujo de la propaganda hitleriana Joseph Goebbels, Moscú replicó con su brujo Willy Muenzenberg. Desde su oficina en París, Muenzenberg dirigía de manera invisible la cruzada mundial "antifascista". El terminará siendo asesinado por la GPU estalinista en el verano de 1940 cerca de Grenoble. Katz será ahorcado en 1952 en Checoslovaquia por los estalinistas tras ser acusado de ser un "espía británico" y un "agente sionista". Katz había participado, entre tanto, en la liquidación de León Trotsky en México, así como la del dirigente liberal checoslovaco Jan Masaryk y en la del propio Muenzenberg.

La **propaganda negra** es atribuirle al adversario declaraciones ficticias o falsas que ofenden a una tercera persona, o a grupos amplios, a quienes se les hace conocer la falsa declaración.

La **intoxicación**: se trata de engañar a alguien, a un periodista honesto, por ejemplo, por vías más sofisticadas y sutiles que la simple mentira. Por ejemplo, no se le entrega un documento falso a alguien sino que el documento falso es depositado en un lugar donde puede ser robado, o encontrado, o decomisado por el otro. Ese otro es el blanco de la operación de intoxicación.

La **desinformación** recubre los métodos anteriores, pero la desinformación es una operación de intoxicación particular que va más lejos, que es más compleja y más amplia. El blanco preferido de la desinformación, aplicada con gran habilidad por los soviéticos, sus inventores, y sus regímenes satélites, era Occidente. "Las informaciones que los servicios checos obtenían en Londres, París o Washington servían para alimentar la marmita de la desinformación de Praga y eran enseguida comunicadas a El Cairo o a Argelia para aumentar la desconfianza de los árabes respecto de Occidente y acercar los árabes de sus amigos moscovitas", cuenta Bittman.

El señala que, igualmente, la opinión pública latinoamericana también era uno de los blancos preferidos de las operaciones de desinformación del bloque soviético. "Un diario brasileño que pertenecía a los servicios de inteligencia checos fué cerrado por los militares tras el golpe de Estado de extrema derecha en abril de 1964", recuerda Bittman. "Los servicios checos perdieron así tanto un holding financiero como un canal de desinformación.

Y finalmente, a fuerza de utilizar esos canales, corrían el riesgo de desvalorizarlos o de ponerlos en peligro. Por eso, luego de la creación del Departamento D en 1964, los servicios checos prefirieron infiltrar los diarios ya existentes en lugar de comprar nuevos diarios”, concluye Bittman.

Un ejemplo de cómo una operación de desinformación bien pensada puede hacer ganar una batalla naval ocurrió en diciembre de 1939, en Montevideo. Tres barcos de guerra de la Royal Navy, el *Exeter*, *Ajax* y *Achille*, comandados por el contralmirante Harwood, entraron en batalla en el Atlántico Sur contra el *Graf von Spee*, uno de los más poderosos barcos de guerra de Alemania, comandado por Hans Langsdorff. El *Exeter* y el *Ajax* salieron maltrechos de la contienda, y el navío alemán optó por refugiarse en el puerto de Montevideo para hacer las reparaciones más urgentes y atender a sus heridos. Como el Uruguay era un país neutral, los buques ingleses no podían atacarlo allí. Harwood sabía que si el *Graf von Spee* zarpaba rápidamente el no estaba en condiciones de enfrentarlo, pues los refuerzos que él había pedido tardarían en llegar. Harwood ideó entonces una estratagema: hizo creer al barco alemán, mediante una transmisión de radio falsa, que Langsdorff captó y descifró, que otros barcos británicos habían llegado al lugar y estaban esperando la aparición del navío alemán para capturarlo o hundirlo. Temiendo sobre todo que su barco fuera capturado por el enemigo, Langsdorff hizo bajar a tierra a todos sus hombres, colocó cargas explosivas en el navío, lo alejó del puerto y lo hizo estallar. Desde Montevideo podían verse las llamas del *Graf von Spee*. Días después Langsdorff se suicidó. A pesar de su débil situación, Harwood había ganado la batalla. Los alemanes perdieron un gran navío de guerra y un oficial importante¹¹.

La **información tendenciosa**, un elemento de la desinformación

La **información tendenciosa** puede ser fabricada utilizando diez reglas o “recetas”, según la expresión utilizada por un manual soviético sobre la materia¹². Esas recetas son:

1. La mentira no verificable
2. La amalgama o mezcla de verdad y mentira
3. La deformación de la verdad

¹¹ Rodney Carlisle, Histoire de l'espionnage au XX siècle, Easy Book, Paris, 2007.

¹² La parte dedicada a las técnicas de la confusión está basada en la obra de Vladimir Volkoff intitulada La désinformation, arme de guerre (Editions L'Age d'Homme, Lausanne, Suiza, 1986)

4. La modificación del contexto
5. La disolución
6. Las verdades seleccionadas
7. El comentario enfático
8. La ilustración
9. La generalización
10. Las partes desiguales
11. Las partes iguales

Ejercicio: a partir de un hecho escueto, observar las variantes posibles, según las categorías de la información tendenciosa. El ejemplo que sigue fue inventado por Vladimir Volkoff, en su obra *El montaje* (gran premio de novela de la Academia francesa, 1982). Nosotros lo tomamos por su calidad pedagógica.

Hecho: Ivanov encuentra a su mujer en la cama de Petrov.

1. La **mentira no verificable**: mentir completamente sobre un hecho, o invertir el sentido del hecho, pues ante éste no hubo testigos. La información tendenciosa más básica dirá que Petrov fue quien encontró a su mujer en la cama de Ivanov.
2. La **amalgama**. En este caso hay testigos, por eso al hecho se le agrega una dosis de mentira. Casi siempre, la dosis de verdad debe ser superior a la dosis de mentira para que ésta última (el aspecto más interesante para el actor subversivo) pase sin mayor resistencia: el periodista tendencioso escribe que el matrimonio de Ivanov no funciona bien y que el sábado pasado, en verdad, Ivanov sorprendió a su mujer con Petrov. Pero agrega que la semana anterior, Ivanova había sorprendido a su marido en la cama de la mujer de Petrov.
3. La **deformación de la verdad**. Reconoce que Ivanova se encontraba en la casa de Ivanov pero agrega que ella estaba simplemente sentada en una silla y que su marido, hombre violento y ebrio, intentó agredirla y que ella se refugió en el apartamento de Petrov. Y que, además, ella estaba acompañada de sus niños pequeños y que no se la puede acusar por haber protegido a sus hijos de un marido brutal.

5. La **modificación del contexto**. Es exacto, Ivanov encontró a su mujer en la cama de Petrov, pero ¿quien no conoce a Petrov? Es un monstruo de concupiscencia. No es imposible que él haya sido condenado 14 veces por violación. El día del acontecimiento, el encontró a Ivanova en un pasillo y se avalanzó sobre ella y la arrastró hasta su apartamento y estaba a punto de violarla cuando en ese momento llegó el digno ciudadano Ivanov quien regresaba de la fábrica donde había ganado un concurso por haber fijado tres mil tuercas en dos horas 25 minutos. El tumbó la puerta y salvó a su casta esposa de una suerte peor que la muerte. Y la prueba de eso es que la información inicial no dice que Ivanov le haya reprochado nada a su esposa.
6. La **disolución** consiste en ahogar el hecho en una masa de detalles no pertinentes: Petrov, dice el periodista, toca dulzaina y juega ajedrez, es un trabajador infatigable, nació en Nijni-Novgorod, y fué artillero durante la guerra, le regaló un canario a su madre por sus sesenta años, tiene varias novias, entre otras la Ivanova, ama el salchichón con ajo, nada bien y sabe hacer empanadas siberianas, etc.
7. Las **verdades seleccionadas**. Usted escoje detalles verídicos pero incompletos del incidente. Usted afirma, por ejemplo, que Ivanov entró en la casa de Petrov sin llamar a la puerta, que Ivanova se sobresaltó pues estaba nerviosa, que Petrov parecía molesto por las malas maneras de Ivanov y que después de haber intercambiado algunas opiniones sobre el relajo extremo de las costumbres rusas, que son una consecuencia del anterior régimen zarista, los esposos Ivanov regresaron a su hogar.
8. **El comentario enfático**. Usted no modifica nada del hecho histórico, pero saca, por ejemplo, una conclusión crítica lateral sobre los apartamentos comunitarios que desaparecen, más y más rápidamente, pero donde los encuentros entre amantes y maridos se realizaban más frecuentemente que lo previsto por el plan quinquenal. Usted describe enseguida una ciudad moderna donde cada pareja tiene su apartamento donde puede vivir su amor plenamente y termina con un cuadro idílico sobre la suerte envidiable que les espera a los esposos Ivanov.

9. **La ilustración.** Es una astucia derivada de la anterior pero que va de lo general a lo particular y no de lo particular a lo general. Usted habla de la felicidad de las parejas en las nuevas ciudades erigidas gracias a la magnificencia del poder soviético, y concluye con una exclamación acerca del progreso actual respecto de los viejos apartamentos comunitarios donde ocurrían escenas deplorables como el del pobre Ivanov que encontró a su mujer en la cama de su vecino!
10. **La generalización.** Usted saca conclusiones sobre la conducta inadmisibles de la Ivanova, sobre la ingratitud, la infidelidad, la lujuria femenina, sin mencionar la complicidad de Petrov. O, por el contrario, usted abruma al Casanova de Petrov, vil seductor, y pide los aplausos del jurado para la infortunada representante de un sexo vergonzosamente explotado.
11. **Las partes desiguales:** Usted invita a sus lectores a comentar el incidente. Usted publica una carta que condena a Ivanova, incluso si ha recibido cien que la disculpan.
12. **Las partes iguales:** Para demostrar su imparcialidad, usted le pide a un profesor universitario, brillante polemista, una defensa de los amantes en cincuenta líneas y pide al idiota del barrio escribir una condena de esos mismos amantes en cincuenta líneas.

Un dato histórico sobre la desinformación

Se atribuye a Lenin la paternidad de la técnica de la desinformación, como estrategia para "inducir al enemigo en error". El primer acto de desinformación conocido tras el golpe de Estado bolchevique es el *affaire* Savinkov. En 1921, Boris Savinkov, un ex terrorista y líder socialista-revolucionario exilado en Polonia, feroz adversario de los bolcheviques, deviene agente de influencia de Moscú y es utilizado por Lenin para hacer creer a Churchill y al primer ministro británico Lloyd George, que la situación de Rusia es "catastrófica" y que necesita la ayuda financiera de Occidente. Concretamente,

lo que Moscú buscaba es un empréstito de 50 millones de libras esterlinas. Savinkov insiste: si Rusia recibe esa ayuda de la Europa capitalista, ella podría orientar su economía hacia el capitalismo de Estado, admitir el principio de la propiedad privada, instaurar elecciones libres y dismantelar la Cheka (la terrible policía política bolchevique).

En efecto, en ese año, el PCUS adoptó la NEP (nueva política económica), reconoció teóricamente la propiedad privada y liquidó la Cheka (y creó otra peor, el GPU). Savinkov inventa que, además, en Moscú había dos bandos: los “buenos comunistas” y los “malos comunistas”, que había una rama “de derecha” y otra “de izquierda”, y que la ayuda de Occidente, o el reconocimiento del régimen soviético, inclinarán la balanza en favor de los “buenos”, etc. La artimaña funcionó: la Gran Bretaña reconoció poco después el gobierno de Lenin y le concedió una ayuda financiera, sin que el Kremlin cambiara su orientación. Ese hecho se convertirá en el fundamento de la política tradicional de Occidente respecto de la URSS.

La influencia, el capítulo más sofisticado de la desinformación

La **influencia** es una forma de la desinformación. Es la forma más secreta. La influencia se construye utilizando tres protocolos de aplicación:

1. El protocolo llamado de **la palanca**. Sus criterios: no actuar directamente, sino obrar a través de una tercera persona, o de un intermediario, o de una cadena de intermediarios o de un jefe de Estado extranjero. El Estado que dirige la operación de influencia, o el partido que concibe y dirige la operación de influencia, utiliza a otro Estado, a otro gobierno, a un tercer partido, o un partido liberal, un partido verde, un movimiento pacifista, etc. O una personalidad o un grupo de personalidades no comunistas. O un jefe de Estado extranjero. La palanca ideal para ese tipo de operación es la prensa, los medios masivos, los periodistas bien acreditados ante la opinión pública. El objetivo es utilizar esas palancas para orientar la información, para manipular la información y obtener una decisión del poder público.

2. Segundo protocolo de **la influencia: el triángulo**. Principio básico: utilizar a los demás, no luchar en su propio campo sino en otro terreno, en otro país, en otro contexto social, en otro dominio intelectual.

Para ese juego debe haber tres partes: el actor subversivo, su adversario y el elemento receptor. En lugar de atacar de frente a un país, o a un gobierno, más vale desacreditarlo entre sus amigos, sus aliados y sus clientes (el elemento receptor). La propaganda antinorteamericana en los países dependientes, o del Tercer Mundo, es un ejemplo de eso.

Otro juego es hacer demostraciones de amistad hacia un país, o hacia un régimen, o proponerse o aceptar desempeñar el papel de “mediador” en un conflicto interno del país atacado, al mismo tiempo que se impulsan labores clandestinas, subterráneas, de zapa, contra él, para minarlo desde dentro. Para eso hay que conocer bien el país, su sociedad, sus partidos, sus jefes. El arma preferida para reunir esa masa de información operacional es, aparte del personal diplomático, el entrismo, la infiltración, la incrustación de agentes, de informantes y de provocadores.

Para **minar desde dentro una sociedad** los objetivos son repertoriados así:

1. desintegrar, desorganizar, los grupos de referencia tradicionales (partidos políticos, ejércitos, sindicatos, grupos religiosos, gremios patronales, asociaciones de familias, el aparato escolar).
2. desacreditar a las autoridades
3. neutralizar al pueblo

Para **desintegrar los grupos de referencia** o sea los grupos claves de la sociedad, hay que introducir la sospecha, la anarquía y la parálisis en las instancias de poder, utilizando los rudimentos de la psicología de grupos. Las insinuaciones, la manipulación de los intereses divergentes, la explotación de las rencillas personales, la inyección de la idea de que “hay traidores entre nosotros”, la exageración de los fracasos del grupo, atribuidos a una persona en particular, son palancas corrientemente utilizadas en la destrucción de los grupos de referencia.

El objetivo del agente subversivo es desviar la acción habitual del grupo de referencia. Para ello él ataca o hace atacar al líder, acusándolo de taras o faltas pasadas, mostrándolo como dañino, inútil, obscuro y hasta criminal. Al mismo tiempo, el agente subversivo sabe mostrarse generoso con los colaboradores del líder atacado. Él hace esto desde el exterior y desde el interior del grupo. Él rompe la confianza entre los dirigentes y los dirigidos. Él hace propaganda proyectiva, es decir acusa al adversario, a la víctima, de utilizar los mismos métodos que él tiene la intención de utilizar o que utiliza contra ella.

Otra táctica es crear una célula dentro del grupo de referencia y activarla contra él o los dirigentes legítimos. Para eso el actor o los actores cooptan a sus amigos o a aquellos que estiman fáciles de manipular y no son proclives a oponerse a sus planes. En las reuniones, la célula clandestina vota como un sólo hombre. Tales actores son los únicos que se ponen de acuerdo antes de cada reunión donde se tomará una decisión. Los actores subversivos constituyen siempre una asociación dentro de la asociación, un grupo dentro del grupo, un sindicato dentro del sindicato, un partido dentro del partido, un Estado dentro del Estado. Así logran transformar toda deliberación, en los pequeños organismos y en los grandes organismos, en una comedia ridícula. Es lo que ellos llaman enquistar un organismo.

Otra receta consiste en crear dentro de la estructura a destruir, dentro de un partido político, por ejemplo, uno o varios grupos ideológicos particulares que dicen basarse en los valores y principios respetados por ese partido, pero que rápidamente van a aportar conclusiones y argumentos de acción nuevos y opuestos a la razón y/o a los valores dominantes del partido. Las dispendiosas operaciones en el seno de la iglesia católica latinoamericana para instalar la llamada "teología de la liberación" son un ejemplo de ese tipo de acción subversiva a largo plazo. Pero no es el único. Otro ejemplo, circunscrito al caso colombiano, escogido entre muchos otros, es éste: invocando el libre desarrollo de la personalidad, magistrados de la Corte Constitucional, hicieron aprobar hace unos años una legalización que protege el consumo individual de drogas, sin que la sociedad viera la contradicción enorme y se movilizara contra eso.

En el terreno de la acción política directa del actor subversivo, cuando éste busca la desintegración de un grupo, o la parálisis momentánea de una empresa, de una ciudad, o de una región, en el contexto de una huelga, de un paro cívico o de una insurrección, lo primero que éste hace es definir cual es el grupo o sector crucial del cual depende la parálisis del sector en su conjunto. Es el llamado grupo espolón, el grupo que si se logra inmovilizar, inmovilizará el resto del sector.

En una fábrica, el actor subversivo sabe cual es el centro vital de ésta, cuya parálisis conllevará a la parálisis técnica de la totalidad de la fábrica. En una empresa de alcance nacional, el actor subversivo conoce cual es el centro operatorio clave. Si el blanco de su acción destructiva es la sociedad en su conjunto, el busca un sector clave para su acción a largo plazo: generalmente es el aparato universitario.

“Si tales centros vitales no son reconocidos como tales por los servicios habilitados para hacer la defensa del territorio, no serán objeto de ninguna vigilancia, lo que facilitará la acción subversiva”, advierte Roger Mucchielli.

La técnica de la provocación-represión-convocatoria

En muchos casos, las operaciones de guerrillas, o los golpes de mano, o los atentados terroristas, no tienen por meta la derrota de unidades militares. Su papel es, más bien, el de provocar incidentes, sangrientos o no, que buscan desatar una represión masiva, la cual (sobre todo si ésta es torpe y excesiva) sirve para sensibilizar y movilizar sectores claves y amplios de la población (los estudiantes, los periodistas, los campesinos, los sindicatos obreros, etc) para culpabilizar y aislar al gobierno y a sus defensores, en el plano local e internacional. Es la conocida táctica de la escalada, arma utilizada en decenas de países por el Komintern con notable éxito.

La idea es mostrar al actor, armado o no, autor del hecho subversivo, como expresión directa del “descontento popular”, cuando no se trata, en verdad, sino de un acto voluntarista, provocador, sin conexión verdadera con la vida real de la sociedad, pero que sirve a los intereses y planes “del partido”.

Las facetas de esa táctica con:

1. Acción directa o iniciativas en la acción de un grupo selecto, o sub grupo, visto como destacamento “de vanguardia”, que dice obrar “en nombre” de un grupo social más amplio y en defensa de sus intereses. Tal acción, presentada como noble y desinteresada, debe ser inmediatamente respaldada y apadrinada por el grupo social amplio. Esa operación requiere de un largo trabajo previo de entrismo, de intimidación y de preparación de los agentes subversivos, compartimentados o no, en el sector “movilizable”.
2. Movilización vehemente del grupo provocador como riposta a un “ataque” directo de las autoridades, contra él o contra el grupo más amplio. Como, por ejemplo, la detención de un miembro del sub grupo, o de uno de sus aliados o amigos. Llamados a la venganza y a la solidaridad. Organización de asambleas, mitines y marchas. Y en ese contexto, realización de una nueva acción violenta del grupo, que el grupo amplio o la mayoría no conocía ni buscaba, pero que finalmente, gracias al conocimiento de la dinámica de grupos, termina arrastrado a la acción callejera.
3. Llamado a la unidad contra la represión. En el nuevo contexto, realización de nuevos actos sucesivos de violencia, bandidaje, golpes de mano, atentados, provocaciones diversas contra las autoridades, de suerte que los organismos represivos se vean obligados a entrar en movimiento.
4. Cuando los organismos represivos entran en escena, difundir una cierta información: el dispositivo represivo es una amenaza contra todos, es una amenaza general, contra la sociedad en su conjunto, es el preámbulo de un “golpe de Estado fascista”. Insistencia en eso, “confirmación” de ese enfoque con informaciones falsas y amalgamas. Personas ajenas al grupo atacante, dicen, han sido reprimidas injustamente, etc. Refuerzo de la solidaridad entre el grupo amplio y el sub grupo provocador. Rechazar las precisiones y rectificaciones de las autoridades.
5. Intensificación del clima de excitación y de revuelta contra las autoridades, mediante volantes, afiches, pintadas callejeras, marchas, mitines espontáneos e instantáneos,

serie de artículos tendenciosos en la prensa subversiva o en la prensa popular y en la radio, etc. Llamados a la construcción de un “frente común contra la represión”. Utilización de los medios masivos para acrecentar la indignación, la cólera del pueblo y el sentimiento de legítima defensa. Llamados a la solidaridad internacional con el grupo provocador, mostrado como “defensor de la democracia” en peligro, convocatoria de actos de solidaridad en el extranjero, etc.

Esta operación en sus cinco facetas es lo que Jean Paul Sartre llamaba “la transición de un grupo, de un colectivo, de la práctica-inerte, al grupo en efervescencia”. El reclutamiento de nuevos activistas para el “partido” que propicia tal operativo es el corolario necesario de esas “jornadas de lucha”.

¹³ El entrismo es una táctica organizativa que consiste en introducir sistemáticamente, en un partido o en una organización sindical, nuevos activistas que militan en otra organización, con el objetivo de influir o controlar la dirección y/o modificar la línea política general del organismo, o, en ciertos casos, provocar rupturas internas. Esa práctica, donde la noción de doble militancia se impone, es utilizada por los comunistas en algunos partidos socialistas, así como en algunos partidos liberales y conservadores (algunas fracciones "progresistas" o "de avanzada" de estas últimas formaciones son el producto de ese tipo de actividad). Lo practican también los trotskistas en algunos partidos comunistas y socialistas, sobre todo cuando numéricamente son débiles frente a los comunistas y los socialistas. Hay dos clases de entrismo: el explícito o declarado (que Trotski llamaba de banderas desplegadas), y el oculto.

Dos casos de destrucción de grupos de referencia



En los últimos años, fuera del trabajo de entrismo¹³ realizado en las universidades públicas y privadas del país, los dos blancos más preferidos de la actividad destinada a la desintegración de grupos de referencia en Colombia son: el partido liberal y la jerarquía militar. El partido liberal (y en menor grado el partido conservador), dos partidos de gobierno, pilares de la democracia, dejaron de ser poderosas organizaciones de masas, canales electorales de las mayorías, para convertirse en conglomerados diversos, hostiles entre sí, heteróclitos ideológicamente y al servicio de causas personalistas y confusas. La afiliación del PL a la Internacional Socialista, sus cambios a nivel de la dirección nacional, no son extraños al derrumbe doctrinario y orgánico del partido liberal como partido democrático históricamente mayoritario (igual fenómeno se vió en Venezuela antes de la toma del poder por Hugo Chávez). Ese derrumbe no es nada natural ni casual.

Las fuerzas armadas colombianas son igualmente objeto de ataques específicos de guerra psicológica. El instrumento preferido es el de las acusaciones judiciales sin fundamento o con fundamento judicial dudoso y difícil de verificar. La ausencia de una clara legislación de defensa nacional y de un estatuto antiterrorista facilita la labor de los actores subversivos. Esa ausencia de legislación de defensa nacional y de un estatuto antiterrorista es el resultado de esfuerzos sistemáticos de los actores subversivos insertados en el sistema.

El resultado de esa ofensiva es una merma de la estabilidad psicológica y moral de las tropas militares y de policía y de sus mandos, quienes saben que semanas o meses después de dirigir o participar en una acción militar legal y legítima pueden ser acusados de las peores barbaridades. Casos se han visto de que basta sólo una acusación dudosa para que el militar blanco

de la operación (en general se trata de oficiales que han jugado papeles importantes en la lucha antiterrorista), sea difamado, encarcelado y destituido. La vida de esos funcionarios es, por lo tanto, arruinada. Algunos militares han logrado probar su inocencia y ser reincorporados a sus rangos. Pero ese proceso de justicia es largo, dispendioso y costoso. Un viejo adagio militar chino, fundamento lejano de la técnica de la desestabilización psicológica del adversario militar, probablemente de Sun-tzu, dice: "Un general combate con tropas, las tropas combaten con la moral. Rebosantes de ardor, los hombres encaran el enemigo; desmoralizados ellos huyen".

La técnica de la desmoralización suele ser aplicada contra otros servidores del Estado. Un embajador tuvo que regresar de urgencia al país para enfrentar cargos, por supuestos actos delictivos cometidos en un cargo anterior, que nunca antes habían sido invocados, antes de que la supuesta materia probatoria hubiera sido plenamente establecida. El método de "acuse, detenga primero y pruebe después" es una realidad colombiana que viola los principios elementales del Derecho y las reglas de la democracia, sobre todo el principio de la presunción de inocencia.

El objetivo de esa técnica es sembrar el pánico y linchar judicialmente, ante una opinión pública pasiva, a altos mandos o altos funcionarios.

En la década de 1960, la guerra psicológica contra los altos mandos militares se hacía de manera diferente. El instrumento favorito era desatar una campaña alarmista en la prensa comunista contra el comandante del Ejército, o contra el general que desempeñaba el cargo de ministro de Guerra o de Defensa. La campaña aseguraba que ese alto militar era "de extrema derecha" y que complotaba en secreto para destituir el poder civil e instaurar una "dictadura fascista". El general Alberto Ruiz Novoa, ministro de Defensa, concector de la exitosa operación Marquetalia contra un bastión armado comunista, fué objeto de una campaña de ese tipo y fue destituido en 1965, al cabo de varias semanas de calumnias, pues el presidente, Guillermo León Valencia, terminó siendo víctima de esa operación de intoxicación.

Ese mismo género de campaña fué realizado, también con éxito en 1978, cuando el jefe del estado mayor del Ejército,

el general José Joaquín Matallana, brillante ejecutor de la operación Marquetalia, fue destituido por el gobierno civil. Como en Colombia los militares no suelen dar golpes de Estado, y con el declive de la ola de golpes militares en América Latina, los actores subversivos abandonaron esa técnica y adoptaron la de las acusaciones difíciles de verificar o inverificables de supuestos “vínculos” con los paramilitares o con los narcotraficantes.

El ejemplo más grave de unilateralidad judicial es el proceso legal que siguió al asalto terrorista del palacio de Justicia de Bogotá, de noviembre de 1985. Ningún terrorista ha sido juzgado por la masacre de magistrados, guardianes del edificio y otros rehenes, ni por el incendio de los archivos del palacio de Justicia. La excusa: todos los asaltantes murieron en el asalto. Sin embargo, algunos de los que hacían parte de la dirección nacional del M-19 que tomó la decisión y preparó ese atentado, y que sobrevivieron al acto pues no alcanzaron a entrar en acción (hubo un segundo comando que llegó tarde al palacio), o no participaron en ese acto, no han sido llamados a juicio, pues fueron objeto de una amnistía.

Pero aún años antes de que esa amnistía fuera pronunciada por el gobierno, un alto funcionario del Estado, el Procurador General de la Nación, habían ya sentado la tesis abusiva de que los únicos justiciables del caso eran los militares que participaron en la operación de rescate del palacio. Esa doctrina sigue siendo aplicada en 2007. Hasta hoy algunos militares son los únicos que han sido acusados, detenidos y juzgados por ese episodio. En consecuencia, ellos son los únicos acusados de las desapariciones que se supone fueron generadas por ese acto terrorista. Sin embargo, la prueba fehaciente de que los desaparecidos son responsabilidad exclusiva de los militares no ha sido producida hasta hoy.

La **neutralización del pueblo** es llevarlo a la pasividad, a la parálisis general, mediante un cambio de la mentalidad. Es transformar una mayoría afecta al sistema en una mayoría adversa al sistema. Es fraccionar la masa de la población en grupos separados. Es utilizar la propaganda para dar a pensar que el enemigo del sistema es muy fuerte, invencible, no derrotable. Es alimentar ese sentimiento hasta con actos terroristas. El mito de las Farc como “guerrilla invencible” es un ejemplo de eso. La larga lista de derrotas sufridas por esa organización no es

difundida por nadie. Ningun analista explica el hecho evidente sobre el papel de la URSS en la reconstitución militar y financiera de esa organización, tras cada derrota importante. Ningún libro blanco dedicado a recopilar la lista de atrocidades cometidas por esa organización terrorista ha sido hecho por nadie, ni por el gobierno, ni por las fuerzas armadas, ni por los historiadores y sociólogos especialistas de la "violencia colombiana". Ello muestra el éxito de un trabajo de zapa en el medio intelectual y en el medio militar.

Neutralizar al pueblo es vital para el actor subversivo. Se trata con ello de impedir intervenciones espontáneas del pueblo en favor del orden establecido. Esa parálisis es crucial para el grupo que se prepara para el asalto al poder. Pues ese asalto es hecho siempre por una minoría. La idea de que la toma del poder por los revolucionarios se hace mediante la "sublevación general del pueblo" es una impostura. Un ejemplo clásico: la llamada "revolución de octubre" de 1917 fué un violento golpe de Estado perpetrado por una minoría política audaz (la fracción bolchevique de la socialdemocracia rusa). Sin apoyo popular, ese golpe no pudo consolidarse sin que la minoría ejerciera desde el primer momento una violencia implacable sobre la sociedad entera. Desde entonces la toma del poder ha sido un asunto de una minoría que ha sido capaz de mistificar y paralizar a la mayoría.

Para el actor subversivo es necesario que la masa permanezca inmóvil, silenciosa y apática ante las acciones subversivas intermediarias. Un ejemplo de reacción contraria a esa imposición de parálisis del pueblo: la población española se moviliza, sale a la calle de manera masiva y señala claramente a la banda terrorista Eta, cada vez que ésta asesina a alguien. Esa es la actitud correcta a asumir, pues toda banda terrorista aspira a contar con la apatía de la ciudadanía ante cada atentado.

En Colombia, hay movilizaciones contra los actos terroristas, pero no son muy frecuentes. Y cuando las hay, los actores subversivos lanzan con éxito consignas precisas para desviar la ira popular y el impacto político de la denuncia masiva. Ejemplo: no se acusa explícitamente a la banda terrorista, autora del atentado, no se exigen medidas concretas contra ésta y sus cómplices, sino se pretende que la movilización es "contra la violencia" (en abstracto), "por la paz" (en general), o para decir

“no más” (hablar ante el vacío), etc. Imprimir tal sentido a la protesta contra un acto terrorista equivale a disculpar el acto y el actor terrorista.

El tercer protocolo: es el del **agente de influencia**. No se trata de un propagandista, ni de un agitador. El agente de influencia es otra cosa. Es alguien ubicado en las altas esferas de la vida social, política e intelectual. El agente de influencia no debe ser visto como un protagonista al servicio de una sola causa, sino como un “mediador”, una personalidad que “ayuda”, que orienta de buena fé al poder. El no aparece como comunista. Su forma, su postura, su pensamiento profundo, es difícil de discernir. El no es ni de izquierda, ni de derecha. Unas veces está con la izquierda y otras con la derecha. Sus intervenciones son discretas pero bien calculadas, públicas o privadas. En todo caso, su objetivo es desestabilizar, romper los equilibrios del Estado. El agente de influencia no debe ser alcanzado por la justicia, ni por los medios masivos. El goza de total impunidad.

Otras operaciones de subversión en el caso colombiano

Las principales ofensivas recientes de intoxicación de los actores subversivos (las Farc y sus organismos satélites) en Colombia y en el extranjero son:

1. Campaña contra el Plan Colombia y contra el Plan Patriota
2. Utilización de la zona desmilitarizada del Caguán
3. En materia de secuestros : el caso Ingrid Betancourt
4. Contra el proceso de desmovilización de las autodefensas Auc
5. Contra el presidente Alvaro Uribe
6. Contra el TLC con Estados Unidos
7. El surgimiento de una “izquierda democrática”
 1. Contra el Plan Colombia, los actores subversivos lograron impedir que la Unión Europea apoyara financieramente ese plan de lucha contra el narcotráfico y contra el terrorismo. Impusieron un modelo de “ayuda comunitaria” a cuentagotas pero hacia las Ong y no hacia el Estado.

La teoría utilizada para esa operación es que “todos los actores políticos colombianos son culpables”: el Estado y los terroristas, los paramilitares y los narcotraficantes. Todos ellos son puestos en pie de igualdad, en el mismo saco. La distancia y neutralidad de la UE ante el drama colombiano es justificada de esa forma. Lo mismo están haciendo esos actores contra el Plan Patriota.

2. Durante el periodo de las “negociaciones de paz” en el Caguán las FARC intentaron hacer valer un estatuto que no tenían: el de insurgencia legítima, política, para poder tener agentes y voceros “diplomáticos” en Europa. Mediante las llamadas negociaciones, el Estado estaba siendo deslizado hacia una situación de cogobierno con las Farc. Las negociaciones fueron utilizadas como vector para popularizar la idea de que el Estado debe capitular gradualmente ante las exigencias de la subversión.
3. Caso Ingrid Betancourt y de los demás rehenes o secuestrados “políticos” o no: la propaganda subversiva pretende que el culpable del drama de los secuestrados no son las Farc, sino el gobierno. La larga cautividad de los rehenes es causada, según los actores subversivos, no por los secuestradores, sino por el gobierno que no acepta las condiciones de éstos: creación de una nueva zona desmilitarizada y otras concesiones exorbitantes. La única solución, dice el agente subversivo, es el “acuerdo humanitario”, tal y como lo plantea la banda secuestradora. Pero la fórmula impulsada por ésta es engañosa. En esa noción no hay, en realidad, espacio para acuerdo alguno; se trata de una operación de “todo o nada”, de adoptar o no el modelo diseñado por las Farc. Tampoco hay nada de “humanitario”, pues el fondo del asunto es militar: es el interés militar de las Farc por hacer paralizar o retirar de una zona determinada del país las fuerzas armadas del país y todo vestigio del Estado.
4. Las autodefensas AUC, calificadas de extrema derecha, son delincuentes comunes, predica el actor subversivo, luego no deben ser objeto de ninguna transacción política para su desmovilización. Ninguna negociación de penas podría ser legítima. La única actitud válida: la represión y el castigo. En ese caso el actor subversivo insiste en

“No a la impunidad”. Las guerrillas, en cambio, como sí son para ellos “actores políticos”, deben ser objeto de tratativas, concesiones y pactos con el gobierno, así como de negociaciones sobre las instituciones futuras del Estado. Para el actor subversivo, la impunidad es no sólo legítima ante las guerrillas, calificadas de extrema izquierda, sino indispensable para obtener “la paz”. La desmovilización de las Auc, agrega, no es cierta (a pesar de las cifras contundentes y del mejoramiento de todos los niveles de seguridad del país), pues hay un “rearme de las autodefensas” (en realidad, hay rearme insignificante si se lo compara con las estructuras desmovilizadas).

5. La campaña subversiva de las Farc dice: el Presidente Uribe es un “fascista”. La campaña de intoxicación impulsada por el grupo Polo Democrático Alternativo reitera que el presidente Uribe es un “paramilitar”, que su política de seguridad democrática es de “extrema derecha”. Conclusión de las dos campañas convergentes: no se le puede ofrecer apoyo alguno al gobierno de Alvaro Uribe; ninguna colaboración técnica, financiera o política con su gobierno. Apoyo sí, por el contrario, a las demandas de la insurrección guerrillera.
6. La campaña subversiva asegura: el TLC destruirá la industria nacional, llevará a la miseria a los colombianos y le entregará el país al “imperialismo norteamericano”.
7. La historia de la “izquierda democrática” es otra operación interesante. Su objetivo: imponer un concepto erróneo de “izquierda democrática”: en Colombia quienes encarnan la izquierda democrática, dicen, son los epígonos de las Farc (el PCC, el Polo democrático alternativo, los liberales “de avanzada”). Es decir, la “izquierda democrática” del país serían las formaciones que aspiran a destruir la democracia representativa, el capitalismo y las libertades, y que aspiran a ejercer un control total de la sociedad mediante la violencia. El “chavismo” es mostrado como un ejemplo genuino de una “izquierda democrática”. En realidad, solo puede atribuirse el título de “izquierda democrática” a las formaciones políticas que luchan desde la izquierda por la justicia social pero que son defensores de la democracia representativa, aceptan el capitalismo de mercado, la iniciativa privada, el individualismo y el pluralismo político.

La prensa extranjera y la manipulación

No solo los medios masivos de un país son explotables desde el punto de vista operacional en una aventura de guerra política. La prensa extranjera más respetable logra ser utilizada, de vez en cuando, en la fabricación de una manipulación interior.

Un reciente caso concreto: el 25 de marzo de 2007, un diario serio norteamericano, *Los Angeles Times*, informa que el general Mario Montoya, comandante del Ejército de Colombia, tuvo vínculos en 2002 con los paramilitares “para matar a 14 guerrilleros en una operación en Medellín”. El diario dice basarse en un “informe de la CIA”. La prensa colombiana retoma sin crítica alguna las afirmaciones del diario extranjero. Conmoción en el país.

El general Montoya reacciona. Rechaza la acusación, denuncia “una cacería de brujas” y explica que el informe “no es de la CIA”, que fue una “agencia de inteligencia aliada que le pasó el informe a la CIA” y que ésta indicó que su “informante era una fuente no confirmada” y que se trataba de una información “cruda, no procesada”.

El general Montoya explicó que la operación Orión, destinada a liberar la población de un barrio pobre de Medellín (la comuna 13) de las milicias de las Farc, del Eln y de los paramilitares, fué planificada y realizada por el Ejército nacional, con el apoyo de la Fuerza Aérea, de la Policía nacional, de la Fiscalía, del DAS, de la Defensoría del Pueblo, de la Procuraduría y de las secretarías del gobierno departamental y municipal.

El presidente Alvaro Uribe también rechazó las acusaciones y respaldó al general Montoya. La Fiscalía se negó a abrir una investigación contra éste, pues estimó que las acusaciones de *Los Angeles Times* eran puras “conjeturas”. Sin embargo, al día siguiente, dos periodistas colombianos que trabajan en un diario de Miami, *El Nuevo Herald*, retomaron la acusación de *Los Angeles Times* y la presentaron como una primicia, a pesar de que admitían que un vocero de la CIA había expresado “su desacuerdo con la publicación de ese informe”, argumentando que algunos hallazgos “no habían sido confirmados”.

En efecto, el *Washington Post* había indicado que la fuente de *Los Angeles Times* era un “anónimo empleado del gobierno

norteamericano que estima que la administración Bush debería ser más exigente con el gobierno de Uribe". Lo que no tiene nada que ver con una auténtica información de inteligencia. Horas después, el general Montoya, en ceremonia en Medellín, recibía los agradecimientos de la población de los barrios pobres por haberlos "liberado" de las milicias terroristas y de los paramilitares.

La operación de intoxicación, destinada a lograr la destitución del comandante general del Ejército colombiano, había fallado. Sin embargo, la forma como fué realizada, los ingredientes utilizados, su gran audacia (la utilización del nombre de la CIA), deben ser analizados. Pues no será la última ni la peor tentativa de esa naturaleza.

Conclusión



No sólo las instancias dirigentes del Estado democrático deben estar perfectamente informados acerca de los desafíos y destrucciones que plantea la guerra subversiva. La sociedad civil debe también estar en capacidad de responder a tales actores, pues en la guerra subversiva la sociedad civil es un blanco prioritario y la dialéctica de la “guerra confusa” podría ser para ella incluso más tenaz.

El contexto internacional actual no autoriza una lectura apaciguante del problema. No es sino ver la evolución del continente latinoamericano, en el que dos modelos de sociedad están en lucha, y ver lo que pasa en el país más cercano de Colombia. ¿El régimen chavista está en vías de transformarse en un “rogue state”, como lo son Irán, Siria y Corea del Norte? La carrera armamentista en la que está empeñado el presidente Hugo Chávez es inquietante. Su dependencia de la Cuba castrista, su alianza con el régimen iraní, la abolición gradual de las libertades, la centralización de poderes en la persona del jefe de Estado, la instauración de una presidencia vitalicia, y la exportación de ese modelo a países como Ecuador, Bolivia y Nicaragua, sus incursiones en Argentina y México, su violento antiamericanismo, son amenazas a la estabilidad y a la prosperidad del continente.

Esa evolución anuncia la continuación y profundización de la guerra subversiva contra la democracia en América latina y contra la democracia colombiana en particular. Incluso en el mejor de los casos, como sería la derrota militar completa de las Farc, y el derrumbe de su proyecto, o la auto disolución de las Farc y de sus aparatos y su transformación en partido político, la guerra subversiva continuará en Colombia.

Si el proyecto chavista de implantar en el continente latinoamericano el llamado “socialismo del siglo XXI” continúa sin ser derrotado en Venezuela, la guerra subversiva continuará vigente en Colombia. Esta tendrá como palancas, en el mejor de los casos, no ya organizaciones armadas financiadas por el narco-terrorismo y los secuestros, sino organismos políticos extremistas, anticapitalistas, que serán financiados por poderes

extranjeros, y hasta extracontinentales, y que se dirán dispuestos a moverse, probablemente, en el terreno legal. Pero al continuar bajo la prisión mental del "socialismo del siglo XXI", ellos apelarán a las técnicas de la subversión psicológica aquí descritas, para conquistar la mentalidad de los ciudadanos y llegar, algún día, al poder.

Esa guerra será intensa y despiadada, en el contexto internacional actual de nueva guerra fría, capitaneada, una vez más, por Moscú, bajo otros paradigmas ideológicos, es cierto, pero no menos destructivos: no ya el mesianismo bolchevique y el socialismo marxista-leninista, sino el mesianismo nacionalista gran ruso y el capitalismo de Estado post-soviético, si no el islamismo militante.

El país debe conocer, pues, las reglas de ese juego oscuro para no ser tímado por las sirenas del "bolivarismo", y para no caer de nuevo en otra guerra de 50 años.



